



1

SUELEN DECIR QUE EL INSTITUTO ES LA MEJOR ÉPOCA DE TU VIDA: un período de descubrimientos y de posibilidades infinitas, donde sumergirse en el deporte o distintas formas de expresión artística. El día de la graduación, se supone que debes saber exactamente quién quieres ser. Se dicen muchas cosas, pero, sentada en el coche de mi padre, que murió hace poco, al fondo del aparcamiento para alumnos el primer día de mi último curso, no puedo evitar pensar: Menuda chorrada.

El instituto de Salem no es el lugar para descubrir quién eres, sino un sitio que debes sobrevivir y sobrellevar; donde puedes pasar de ser una celebridad a un paria con un solo movimiento en falso. Sobre todo, si eres una chica como yo.

Apago el motor y me miro en el espejo retrovisor para apartarme el flequillo de los ojos. A pesar de que las noticias

nunca mencionaron mi nombre, no pasó mucho tiempo hasta que todos descubrieron que la historia en los titulares («Arrestan al recién graduado Benton Hall por intento de asesinato») estaba relacionada conmigo. Era probable que todo el mundo ya hubiera visto las grotescas recreaciones de la hoguera en la que nos ató a una estaca a mi exnovia y a mí e intentó quemarnos vivos.

Si alguno de mis compañeros no se enteró de la noticia y el escándalo que se desató en redes a continuación (donde sí mencionaron mi nombre), estoy segura de que se enterarán apenas pongan un pie en el instituto. Aunque nunca van a descubrir por qué Benton hizo algo así. Los únicos que saben que Veronica y yo somos Brujas Elementales (y que los Cazadores de Brujas quieren matarnos) son los pocos compañeros de aquelarre que van al instituto, la Bruja de Sangre con la que salgo y mi mejor amiga.

Unos golpecitos en la ventana me sobresaltan y casi me apuñalo un ojo al apartar la mano del espejo.

—¡Perdón, Hannah! —La voz apagada de dicha mejor amiga atraviesa el vidrio cerrado. El tono familiar me calma—. ¿Vienes?

—Un segundo, Gemma. —Cojo mi mochila del asiento trasero y exhalo despacio, contando hasta diez. «Puedo hacerlo. Estoy bien». Cuando mis latidos descontrolados se normalizan un poco, abandono la seguridad del coche de mi padre y cierro la puerta al bajar.

Gemma me sigue hacia el instituto, usando su bastón fluorescente para aliviar la presión sobre la pierna. Veronica y yo no fuimos las únicas a las que los Cazadores de Brujas hirieron este verano: Gemma estaba conmigo cuando Benton hizo que mi coche cayera por un puente. Él no sabía que ella iba de

copiloto, pero la puerta le hirió la pierna. Mi magia fue lo único que pudo salvarnos de morir ahogadas, pero no pude hacer nada para ocultársela. Lo vio todo, así que no me quedó otra alternativa que contárselo todo.

Sin embargo, si el Consejo descubriera que Gemma lo sabe, sería el fin de mi magia... e incluso el de su vida.

A pesar del peligro que implica, poder ser yo misma con ella nos ha unido todavía más. No lo cambiaría por nada del mundo, pero sí desearía poder remediar el daño permanente que sufrió en la pierna. Quisiera poder devolverle el sueño de ser bailarina profesional.

«Podría ser peor», me recuerda una voz interior. «Al menos sigue viva». Con los ojos apretados, intento combatir el pánico que empieza a crecer en mi interior y el constante recordatorio que susurra en lo profundo de mi mente: «Papá no sobrevivió».

—¿Hannah? —Gemma me rescata de ahogarme en el dolor, así que me concentro en el rosa estridente de su bastón. No lo usa siempre, solo en los días malos, que suelen ser después de forzarse demasiado durante la fisioterapia. Cuando levanto la vista, la encuentro mirándome con el ceño fruncido por la preocupación—. ¿Estás segura de que estás lista?

—Estoy bien, te lo juro —afirmo con una sonrisa mucho más radiante de lo que me siento, después avanzo hacia la horda de estudiantes amontonados delante de la escuela. Bajo la marcha para adaptarme a su ritmo y susurro para que nadie más nos escuche—. Además, mi madre me ha prohibido dejar el instituto para combatir a los Cazadores de Brujas.

—Es una aguafiestas. —Gemma hace silencio mientras atravesamos la multitud. Docenas de conversaciones se apagan cuando nos ven.

Cuando me ven a mí.

Intento sonreír al ver caras conocidas, pero sus expresiones, con las cejas en alto, muestran tanta lástima que tengo que apartar la vista. No puedo digerir el hambre de cotilleo que ha infectado a todo el instituto. No soporto ver el brillo morboso de curiosidad en sus ojos ni recordar por qué me miran como si fuera un accidente de tráfico inminente.

El dolor de echar de menos a mi padre es desmesurado y demasiado pesado. Me niego a pensar en eso. En él.

Sin embargo, mientras paso con Gemma entre nuestros compañeros y las conversaciones esporádicas, una pequeña parte de mí quiere saber qué clase de rumores están circulando.

Todos adoraban a Benton. Era, sin lugar a duda, el alumno de último año que provocaba más suspiros entre las chicas. El junio pasado, sé que al menos tres personas lloraron cuando les firmó el anuario. Nadie quería que se fuera a la universidad, pero, ahora que está a la espera de un juicio por intento de homicidio, ¿se habrán puesto en su contra o habrán encontrado excusas para perdonar al chico carismático al que solían conocer?

Convoco mi magia, tratando de atravesar la barrera extraña que Benton dejó al intentar eliminar mi poder, pero se resiste a mi llamada. Me esfuerzo un poco más y le pido al aire que acerque las teorías conspirativas a mis oídos para poder escucharlas. Al esforzarme demasiado, siento una punzada de dolor a través de la columna, aguda y rápida, así que tropiezo con los escalones de la entrada y tengo que agarrarme del pasamanos para no caer. Las lágrimas me queman los ojos, así que los cierro para reprimir la vergüenza al mismo tiempo que la magia se desmorona en mi interior. No debería ser tan difícil. Un ejercicio de magia tan pequeño y simple no debería

doler así. Es algo tan insignificante que ni siquiera va contra las reglas del Consejo, ya que nadie lo notaría.

—¿Hannah? —No es Gemma la que dice mi nombre, sino Morgan. Siento la vibración de la Magia de Sangre de mi novia en los huesos, calmando el dolor. Entonces la veo, ahí, tendiéndome la mano—. ¿Estás bien?

—Sí —afirmo, pero dejo que entrelace los dedos con los míos para subir el resto de las escaleras—. Con vosotras dos, debería tatuármelo en la frente.

Morgan me lanza una mirada para dejarme claro que sabe que las cosas no están tan bien como pretendo que están. Una vez dentro, nos dirigimos hacia clase.

—Con nosotras no tienes que fingir, Hannah. Sé que este verano ha sido difícil para ti.

—Estoy bien —insisto, esforzándome por mantener un tono estable. Lucho por evitar que se me llenen los ojos de lágrimas bajo las luces fluorescentes y empujo el dolor lo más hondo que puedo, hasta que ya no puedo encontrarlo.

—No lo estás. Se te va a salir el corazón del pecho. —Morgan le lanza una mirada de preocupación a Gem y me da la impresión de que mi mejor amiga y mi novia están a punto de organizar un complot contra mí. Esta es una de las desventajas de salir con una Bruja de Sangre (además de las miradas de mis compañeros Elementales): es imposible ocultarle mis sentimientos cuando, literalmente, puede percibir mi ritmo cardíaco. No puede hacerlo con cualquiera, solo con las personas a las que les ha tocado la sangre. ¿Y si mi aquelarre se enterara de que le permití hacerlo de forma voluntaria? Entonces, las miradas serían el último de mis problemas.

Las dos siguen mirándome, preocupadas, así que me muevo de un lado a otro, nerviosa.

—En serio, estoy bien. He tropezado en la entrada, tampoco es para tanto. —Choco el hombro de Morgan con el objetivo de distraerla coqueteando—. No todos tenemos elegancia impecable.

Sus mejillas adquieren un color rosado muy satisfactorio. En ese momento, el timbre resuena por los pasillos y le pone fin al interrogatorio. Las tres nos mezclamos con la marea de estudiantes. La presión de los cuerpos que pasan me provoca escalofríos, pero me esfuerzo por ocultarlo, por enterrarlo donde Morgan no pueda percibirlo. Veo a Benton en cada figura alta de pelo negro que encuentro y tengo que acordarme de respirar. El chico que conocí en estos pasillos, con el que bromeaba y en quien confiaba, ya no está. Y el Cazador de Brujas en el que se convirtió, el que intentó matarme (y cuyos padres asesinaron al mío), se está pudriendo en prisión a la espera de sentencia. Pensar en eso me causa una nueva oleada de nerviosismo. En menos de un mes, empezará la selección del jurado y doce extraños decidirán su destino. Y el mío.

Gemma va a su taquilla y yo busco con qué distraerme.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto a Morgan. Es su primer día en Salem High, por lo que estoy segura de que no soy la única que siente como si hubiese desayunado un caleidoscopio de mariposas. Se encoge de hombros con tanta gracia que me siento como un robot caminando a su lado, con las piernas rígidas y una expresión mecánica.

—Echo de menos a mis amigos —admite mientras doblamos una esquina—. Pero podría ser peor. Tengo a Gemma, a Kate y a mis otros compañeros de baile. —Se pone un rizo detrás de la oreja—. Y tú tampoco estás nada mal.

—Ese era justamente mi objetivo. Prefiero ser una novia medianamente aceptable antes que una amiga terrible.

—Sabes que eres increíble. —Se ríe mientras sigue los números de las taquillas en sentido ascendente hasta llegar a la suya. Le cuesta dos intentos poner la combinación correcta, pero, pronto, la puerta se abre con una sacudida violenta.

—Si tú lo dices. —Todavía no me acostumbro a que me haga cumplidos como si tuviera un repertorio inagotable. Apoyada contra la taquilla que queda junto a la suya, llevo la mano a la gargantilla que llevo colgada del cuello y muevo la turmalina por la cadena de plata. El cristal fue un regalo de mi jefa, Lauren, y mi madre lo potenció para aumentar sus poderes tranquilizantes y protectores.

Antes de que mi novia pueda responder, dos chicos doblan la esquina, caminando hacia nosotras.

—¿Es cierto eso que dicen de que te has pasado todo el verano haciendo servicios comunitarios? Vaya mierda, tío.

—Ha sido horrible. —Nolan Abbott, estrella del equipo de fútbol y un idiota integral, tiene el descaro de aceptar la compasión de su amigo—. Intenté hacer las horas en el refugio de animales, pero ese policía idiota no lo aceptó. Me hizo recoger basura y limpiar grafitis como si fuera un delincuente.

Apenas consigo contener la risa, que acaba siendo un resoplido lamentable. El detective Ryan Archer no solo es el «policia idiota» que castigó a Nolan por haber tirado una roca contra mi ventana, también es el Brujo Conjurador que me rescató de una muerte horrible. Archer se lo negó porque yo se lo pedí, ya que no se merecía pasar el verano paseando cachorritos.

Por desgracia, mi pequeño momento de autosatisfacción atrae la atención de Nolan. Cuando levanta la vista y me ve, su expresión se vuelve violenta.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¿Además de tu cara?

—Un fogoso insulto —bufa él—. ¿Te lo enseñó Benton cuando te ató al mástil y te prendió fuego?

Sus palabras me quitan el color de la cara y me aflojan las rodillas. Morgan cierra la puerta de la taquilla de golpe, se apoya los libros en la cadera y la mano libre en la parte baja de mi espalda. Su Magia de Sangre fluye por mis venas y, aunque es imperceptible, adormece el dolor y el pánico que amenazan con consumirme por completo. Silencia los recuerdos antes de que puedan cobrar forma y deja solo humo a su paso.

—Vamos, Hannah. No vale la pena.

Dejo que me aleje de ahí, pero ni siquiera el poder que fluye en mi interior puede evitar que me tiemblen las manos. «Estoy bien. Estoy a salvo». Me concentro en respirar: inhalo cuatro tiempos, exhalo diez. «Benton está en la cárcel. Estoy bien». Para cuando llegamos a mi taquilla, mis dedos tienen la estabilidad suficiente para poner la combinación y guardar todas mis cosas.

—Ya puedes relajarte —le susurro a Morgan de camino a nuestras respectivas clases, que quedan una delante de la otra. Ya no me toca, pero entiende lo que quiero decirle, porque su magia se disipa y deja que mis nervios se disparen otra vez—. Gracias.

—¿Estás segura de que estarás bien? —Una ligera sonrisa le atraviesa los labios.

—Sí, te lo prometo. —Retrocedo en dirección a mi aula, al tiempo que los últimos rezagados pasan entre nosotras—. ¿Quedamos en tu taquilla antes del almuerzo?

Ella asiente con la cabeza y entra a su clase con el último timbre. Yo hago lo mismo antes de que el sonido se apague y, de inmediato, todas las miradas se posan en mí. El silencio está cargado de expectativas. Exhijo una sonrisa forzada mientras

recorro el pasillo en busca de un asiento cerca del fondo del aula mientras la tensión me invade por la atención de mis compañeros. De todas formas, mantengo la espalda recta a la vez que me recuerdo que debo respirar y que no tengo que sentir con demasiada intensidad. Escondo las manos temblorosas debajo del escritorio.

«Estoy bien. Puedo hacerlo».

Si pude sobrevivir a los Cazadores de Brujas, puedo sobrevivir a la secundaria.